

Discurso del Doctor Carlos Federico Pérez,  
Director del Departamento de Publicaciones de la  
UNIVERSIDAD NACIONAL PEDRO HENRIQUEZ UREÑA  
al ponerse en circulación el libro  
“PEDRO HENRIQUEZ UREÑA, SU VIDA Y SU OBRA”  
por Juan Jacobo de Lara  
el 20 de abril de 1976  
Santo Domingo, D. N.

Estoy seguro que ustedes convendrán conmigo que este acto, que sencillamente calificamos como el de poner en circulación un nuevo aporte de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña a la bibliografía nacional, reviste un significado mucho mayor que el que habitualmente asignamos a los acontecimientos similares. Contribuyen a darle esa proyección coincidencias de suyo elocuentes, que no pueden menos que animar y cimentar el optimismo de quienes, vinculados al nacimiento y al desarrollo de nuestra Casa de Estudios, avizoran entre las brumas de lo porvenir el mejor de los destinos para ella.

Desde luego que ustedes han advertido las coincidencias a que aludimos. Es este un año conmemorativo de la memoria de Juan Pablo Duarte, el Padre de la Patria, cuyo espíritu, faro de luz inextinguible, trascenderá a través de las edades mientras subsista la República Dominicana, y aun más allá, porque individualidades selectas como la suya son simientes de eternidad plantadas por Dios en la conciencia de los hombres. La primera de las coincidencias a que nos estamos refiriendo es la que se denuncia porque este año de 1976, consagrado al más grande de nuestros patricios, es también el del cumplimiento de

la primera década de nuestra Universidad, la cual es fruto del esfuerzo denodado de más de un centenar de obreros de la enseñanza, que afortunadamente encontramos en el ambiente nacional y en el seno de nuestra juventud la respuesta que ha hecho fecundo, y promisorio de dividendos aún más opulentos, lo que para muchos pesimistas fue una loca y frustratoria aventura.

Cuando esta primera coincidencia fue advertida, para algunos señaló no una simple casualidad deparada por el juego de la cronología, en su incensante tejer y destejer el desfile de la existencia humana y la sucesión de la historia, sino un hallazgo que confirmaba que el ideario que había presidido el surgimiento de nuestra Casa de Estudios hundía sus raíces en las más puras esencias de la dominicanidad, en nadie mejor encarnadas que en los ideales y las acciones del Padre de la Patria.

He creído siempre firmemente que Juan Pablo Duarte suscribiría sin vacilar el lema de nuestra Universidad: "Todo aquel que tenga algo que enseñar o aprender será bien recibido." Lo creo así porque Duarte fue antes que revolucionario maestro o, mejor dicho, se percató de que para ser revolucionario auténtico debía antes ser maestro. Por eso fue en primer término sembrador de ideas y conocimientos, previamente a conductor de una revolución, pues faceta conmovedora de su personalidad es verlo entregado a encender la luz en la mente de sus seguidores, gracias a la antorcha que él, como un predestinado, trajo de los viejos centros de la civilización europea.

El palio luminoso de tan significativa coincidencia, pues, cubrirá los actos con que la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña recordará en este año de Duarte el décimo aniversario de su creación y entre esos actos ocupa sitio sobresaliente, de pleno derecho, este que aquí estamos escenificando para poner en circulación el libro "Pedro Henríquez Ureña, su Vida y su Obra", debido a la aliciosa labor de investigación del profesor Juan Jacobo de Lara.

Con la entrega al público de este libro, la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña pone a disposición de todos la posibilidad de internarse en una vida ejemplar, dedicada al sacerdocio de la cultura y la enseñanza, e ilustra con ello debidamente por qué el nombre de quien sin disputa es acreedor al calificativo de primer humanista dominicano, y de uno de los más preclaros de América y del mundo, sirve de denominación a un centro de estudios en que todo aquel que tenga algo que enseñar o aprender será bien recibido.

No es para medirlo con nuestras desmedradas palabras el valor que esta ofrenda del profesor Juan Jacobo de Lara ha hecho a nuestra Casa de Estudios, al poner bajo su patrocinio la edición y distribución de su enjundiosa obra. La medida del conocimiento de los hombres se aprecia no solamente por lo que de ellos llegamos a saber, sino por lo que de ellos debemos saber. Hay diferencia entre ambos casos. De los grandes hombres debemos saber mucho. De los que pertenecemos al rasero común basta con saber algo si acaso. Con su libro el profesor de Lara ha colocado en nuestras manos el instrumento, que tanta falta hacía, por medio del cual podemos llegar a enterarnos en la medida deseable de la vida y la obra de Pedro Henríquez Ureña. Ese es un invaluable obsequio a la labor de enseñanza que constituye el meollo de nuestra razón de ser y, desde luego, el hecho de que su obra haya estado lista para publicarse en este año es otra coincidencia que se suma a las que están dando realce a nuestro décimo aniversario.

El deber de saber mucho de los grandes hombres tiene su fundamento en la circunstancia de que, cuando han sido realmente grandes, cada paso que mudaron en el plano de la existencia mortal constituye una fuente inagotable de aleccionamiento y un venero de emulaciones para aquellos que se acercan a su memoria y a su obra con las nobles ansias de contribuir a la realización de los magnos destinos de la humanidad.

A lo largo de las páginas escritas por el profesor de Lara la figura de Pedro Henríquez Ureña se perfila como la del maestro infatigable que, luego de haber allegado los tesoros de la cultura

universal, gracias a una asiduidad sin desmayos y a una inteligencia de dones extraordinarios, acertó a integrar la fuente de conocimiento desde donde brotaron, como flores amorosamente cultivadas, las enseñanzas que su palabra y sus escritos difundieron a todo lo largo y lo ancho del continente. A través de la una y los otros, su personalidad de sabio se prodigó con la sencillez sin estridencias, más bien humildad, con que los elegidos han penetrado en la urdimbre hasta cierto punto misteriosa donde se fraguan las dádivas inmarcesibles del pensamiento, de la ciencia y del arte.

Habéis hecho, pues, profesor de Lara, una trascendental ofrenda a nuestra Casa de Estudios. Bien podemos reafirmar que ella viene a sumarse, con timbres muy relevantes, a las coincidencias que están haciendo de nuestro décimo aniversario un conjunto por demás significativo, como si la Providencia hubiera querido poner así de manifiesto que el origen, el desarrollo y la proyección de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña constituyen hitos señeros en la tarea ingente de formar las nuevas generaciones dominicanas, para dar base firme y perdurable a la nación que surgió de los sueños y de la fe sin desmayos de Juan Pablo Duarte.

Permitidme, por tanto, que a nombre de la Universidad, en mis funciones de Director de su Departamento de Publicaciones, os exprese los parabienes y el agradecimiento por vuestra minuciosa tarea de recapitulación y enjuiciamiento que, como lo demuestran las páginas de vuestro libro, estuvo animada no sólo por vuestra apasionada vocación de investigador sino también por la fervorosa admiración que profesáis a vuestro biografiado, por sus méritos de maestro eminente; apego y admiración que son signos distintivos de los verdaderos maestros, tal cual también lo sois vos.